

DISCURSO INAUGURAL

PRONUNCIADO

EN LA SOLEMNE APERTURA DEL CURSO

DE

1872 á 1873

EN LA

UNIVERSIDAD LITERARIA DE VALLADOLID,

POR

EL DOCTOR DON JULIAN ARRIBAS BARAYA,

Catedrático de la Facultad de Derecho.



VALLADOLID:

Imprenta de Garrido.

1872.



Disc. Apert. UVA872/73 BiCe



5>0 0 0 0 4 2 0 5 6 2

COPIA 420562



Ilmo. Sr.:

CUANDO reflexionamos que la ciencia llamada social por los modernos propone como objeto de sus investigaciones la actividad voluntaria ó la vida moral del ser humano, y como fin un arte que teniendo por base, explicacion y razon suficiente la Moral, la Legislacion y la Política, determine el lugar que cada hombre ocupa entre sus semejantes, y por consiguiente cuáles son nuestros derechos y nuestros deberes, el ánimo desfallece contemplando la importancia, la magnitud y las dificultades del asunto, y solo recobra su energía ante la idea de que nadie puede vivir sin poseer acerca de la sociedad en que vive, de sus semejantes y de sí mismo ideas mas ó ménos elevadas con arreglo á las cuales dirija sus pensamientos y sus actos (1). Porque si bien la Moral, la Legislacion y la Política, dando á estas palabras una significacion muy lata, son el verdadero fundamento del indicado estudio, tomadas en otra acepcion estricta y rigurosa se hallan muy léjos de comprender

(1) Courcelle-Seneuil. Etudes sur la science sociale.

las diferentes ramas en que el prisma de la civilizacion ha descompuesto la luz de la ciencia, única en su origen, del destino humano. La Religion, antigua como la sociedad que reconoció en ella la depositaria fiel de todo orden de conocimientos; la Moral, calificada por Séneca de regla de la vida; el Derecho natural, que Grocio separó de la Teología y del Derecho divino; el Derecho de gentes, en cuyo desarrollo tanta influencia ejercieron nuestros insignes compatriotas Victoria, Soto y Suarez; la Nomotesia con los principios de lo justo abstracto y la doctrina de la oportunidad; la Biología de las leyes, precursora de la Escuela histórico-jurídica de Alemania y de la Legislacion sin legislador de Cárlos Comte; la Física social con lá teoría del hombre medio y el cálculo de las probabilidades aplicado á las acciones humanas; la Ciencia de San Agustín, de Bossuet y de Vico, que hizo encarnar en la Historia la Lógica y la Metafísica, y por esta razon es conocida con el nombre de Filosofía de la Historia; la Economía política, cultivada por muchos escritores de claro y despejado ingenio desde que recibió de Adam Smith formas verdaderamente científicas; todas se aperciben para recorrer inusitados senderos, para ofrecer á nuestra vista desconocidas regiones y para mostrar á la humanidad el camino que ha de conducirla al fin que los designios de la providencia tienen señalado. ¿Y será posible reunir en uno tantos y tan diversos estudios? ¿Podrá su reunion no ser dañosa? Fraccionada la inteligencia de ese modo, ¿será capaz el hombre de prestar á cada objeto la profunda meditacion que siempre exigen el descubrimiento y la enunciacion de la verdad? Una imperiosa ley de nuestro espíritu aplicable á las ciencias morales y políticas como á las físicas y naturales, y una razon especialísima que solo á las primeras se refiere, contestan categóricamente á estas preguntas. No es obra de la naturaleza, sino nuestra, la clasificacion de los conocimientos humanos, y sin su poderosa ayuda en vano pretendería la debilidad de nuestra mente asegurarse de la realidad de los múltiples y variados fenómenos que la atencion reclaman, indagar sus causas, formular sus leyes y determinar sus principios para llegar al último grado del

conocimiento, á aquel punto sublime de la inteligencia en que el hombre pasa de simple espectador á legislador de los hechos, y atrevidamente deduce «de lo que es y de lo que fué lo que será», presentando así un perenne testimonio de su augusta semejanza con el Autor de todo lo creado.

Pero si para el adelantamiento de las ciencias conviene separarlas, para aprovecharnos de sus enseñanzas conviene reunir las; que jamas debe olvidar el hombre que la verdad es una, y que «todas las nociones á que damos el nombre de verdades son, segun la expresion de Jovellanos, eslabones de una cadena inmensa cuya interrupcion marca los espacios de la ignorancia, y cuya continuidad lo que llamamos ciencia»; y si la verdad es una, si una es tambien la mente humana que la percibe, fácil es comprender que á la unidad subjetiva de nuestro espíritu debe corresponder la unidad sintética de todas las verdades que poseemos.

Dignaos ahora, Ilmo. Señor, apreciar la notable diferencia, el extraño contraste que al realizar esa ineludible síntesis nos ofrecen por una parte las ciencias físicas y naturales y por otra parte las morales y políticas. Ciertamente que todos contemplamos con asombro los rápidos y sorprendentes progresos de las primeras, singularmente desde que Luis Vives y Bacon ataron el espíritu á la observacion y á la experiencia, forzándole á estudiar sus resultados y á seguir, á reunir y á comparar sus analogías ántes de remontarse á las leyes que gobiernan el universo: verdad es que nuestro siglo se envanece, y con razon, de haber obtenido triunfos muy dignos de la vigorosa iniciativa de aquellos sábios, hasta el punto de que apenas se pronuncie hoy un discurso en que dejen de mencionarse los estupendos prodigios del vapor y de la electricidad; pero la admiracion y asombro no son menores al ver cómo estas ciencias, despues de dividirse el mundo físico para mejor robarle todos los arcanos, se aproximan, se unen y se compenetran, sin confundirse nunca, cuando procuran la satisfaccion de las necesidades del hombre. Los físicos, los químicos, los naturalistas y los astrónomos marchan á la conquista de la verdad como poderoso ejército que ostenta el mas acen-

drado espíritu de compañerismo á la par que la mas sábia organizacion y severa disciplina: allí no hay importunos celos ni peligrosas rivalidades: cada uno se limita á ocupar el puesto de honor que el análisis le impone, sin envidiar el que á los otros pertenece, y con tranquilidad y confianza aguardan el momento de unir las fuerzas, de trabar la lucha, de combatir obstáculos y de obtener una espléndida victoria, para anunciar que el hombre ha conseguido horadar una montaña, suprimir un istmo, penetrar en las oscuras profundidades de nuestro planeta, subir á la region de los astros, realizar en fin una síntesis maravillosa que paga con usura y hace olvidar á veces, con notoria injusticia, un trabajo analítico lento, difícil y penoso.

¡Qué diferente espectáculo presencia el agitado espíritu moderno en las ciencias morales y políticas! Contaminadas del materialismo que hoy reviste nuevas formas abusando lastimosamente de los triunfos alcanzados por la química, la zoología y la botánica; corroidas por un escepticismo mas bien de hecho que de derecho (segun decia no ha mucho tiempo un filósofo francés), que enerva los caracteres, rechaza las enseñanzas de la historia y solo admite como buena una doctrina cuando agrada lisonjera á las pasiones, no parece sino que han decidido aprisionar la inteligencia humana con las cadenas de la duda y sumergirla despues en el profundo Océano de la ignorancia y de la barbarie. ¿Y qué dirémos de las deplorables contiendas que moralistas, filósofos y políticos de nuestros dias suscitan, no solo acerca de la importancia, sino tambien de la existencia misma de los estudios que respectivamente profesan? Hay unos que prescinden de la Religion, como si de ella pudiera prescindirse; hay otros que confunden la Moral con el Derecho ó las conceptúan separadas por un abismo; algunos quisieran eliminar del cuadro de nuestras asignaturas la historia de la Iglesia, sin duda con la infundada esperanza de que la humanidad olvide los beneficios que esta divina institucion le dispensó, y no advierta los que ha de dispensarle hasta la consumacion de los siglos; hay quien niega á la Economía política el carácter científico, ó la cree inmoral y corruptora,

ó la acusa de favorita de los ricos y de torpe engendradora de la miseria; y no faltan por último economistas que llevan la exageracion hasta el extremo de afirmar que los esfuerzos de Proculeyanos y Sabinianos, de Glosadores y Bartolistas, de Cuyas, de Bodin, de Grocio, de Pufendorf y de Leibnitz, han sido de todo punto estériles, y que nuestras escuelas se hallaban sumidas en la mas crasa ignorancia cuando nos enseñó Adam Smitz los rudimentos del Derecho. ¿Cuál es la causa de tan inmensa perturbacion en los espíritus, de esa verdadera anarquía intelectual? ¿Será que las naciones civilizadas acaban de recorrer uno de los períodos señalados por Vico y esperan que nuevos padres de *ritorno* vengan á sacarlas de la confusion en que yacen? ¿Será que la humanidad ha cumplido ya, como sostiene Gratry, el precepto bíblico de sojuzgar la tierra, y se disponga, con la incertidumbre y vacilacion propias del que pisa por primera vez senderos desconocidos, á gobernar la redondez de la tierra con equidad y justicia y ejercitar el juicio con rectitud de corazon, buscando el reino de Dios que el Evangelio nos promete? La inteligencia humana es incapaz de penetrar en el fondo de misterios tan sublimes, y apenas acierta á comprender cómo intentamos dar leyes á la marcha de la humanidad los que con la humanidad caminamos; pero un ser inteligente, libre y sociable no puede olvidar, cualesquiera que sean las circunstancias de su tiempo, que solo conociendo una ley y acomodando á ella su conducta son compatibles y obtienen su natural desarrollo la libertad y la sociabilidad. Y hé aquí, Ilmo. Señor, el origen de la ciencia que Platon explicaba en la *Republica* y en las *Leyes*, y Aristóteles en la *Politica*; y á la que con el título de ciencia social ó con otros ménos pretenciosos consagran sus vigiliass algunos modernos que aspiran á llevar la paz al campo de la Moral, de la Política y del Derecho, á hacer un balance de las verdades y de los errores que los siglos acumulan, y, á ejemplo de los jurisconsultos romanos, adquirir, si no la ciencia, por lo ménos una noticia de las cosas divinas y humanas para distinguir lo justo de lo injusto.

No es mi intento demostrar que la Ciencia social esté formada,

y mucho ménos establecer dogmáticamente sus bases, lo cual seria censurable atrevimiento en el pobre y mal cultivado ingenio mio: basta para mi objeto dejar consignado que en medio de los grandes elementos que hoy pugnan vivamente por sobreponerse ó absorberse, sobrenadan como leyes eternas del espíritu la fé en el progreso y la necesidad de una moral que dictando máximas reguladoras á las ciencias y á los hechos corrija los extravíos de la inteligencia y los no ménos frecuentes de la voluntad. No es esto solo. Preguntad á los sistemas sociales la causa y el origen de las convulsiones del mundo moderno, y aparte de un escepticismo de problemática existencia y un grosero materialismo que se contenta con decir por boca de uno de sus actuales defensores: «en el hombre no hay mas que materia; de moral que se ocupen los moralistas», todos responden á una voz que la clave de las revoluciones contemporáneas debemos buscarla en los albores del siglo XVI, en el siglo que hizo mas patente, mas perceptible, mas violenta y mas fecunda la guerra entre los dos principios que se encontraron siempre en perpetuo antagonismo: «el uno que tiende á destruir la actividad humana en sus manifestaciones exteriores encadenando la libertad, y el otro que sostiene la espontaneidad del hombre por la alianza de la libertad con la gracia», es decir, «por el doble concurso del Criador y la criatura en la obra moral».

He dicho que todos los sistemas reconocen la soberanía científica de la Moral, porque hasta el mismo Proudhon confiesa que «los movimientos que en bien ó en mal se verifican en el orden moral, ocasionan, á no oponerse una reaccion enérgica, movimientos análogos en el orden económico y vice-versa: y que á consecuencia de esa tendencia á la voluptuosidad que se nota en las sociedades modernas, la justicia falseada por el escepticismo y las perturbaciones de la política no basta ya para contener el egoismo; el equilibrio destruido en el orden moral no tardará en serlo en la economía y puede preverse lo que sucederá» (1).

(1) Cita de Graty en la *Moral y la Ley de la historia*.

Cualquiera moralista haria suyas las anteriores palabras; no puedo, sin embargo, aplaudir y mucho menos prestar mi apoyo al extraño pensamiento, en que dan algunos escritores, de fundar una moral y una politica independientes de *toda creencia religiosa ó filosófica*, y declaro con franqueza que ni el mas detenido exámen ni la meditacion mas profunda han sido bastantes á disipar las dudas que en mi espíritu engendraba la lectura de unos sistemas en cuyo fondo, léjos de ver sólidos é incontrovertibles razonamientos, solo hallaba deslumbradores y especiosos raciocinios.

Nadie querrá negar el justo galardón debido á quienes acometen árdua empresa; pero ¿cómo conciliar la moral que, segun Courcellé-Seneuil, entre otros, enseña el amor de Dios y condena la poligamia, con la moral independiente que, siguiendo al mismo autor, ha de ser comun al cristiano y al judío, al musulman y al deista, al panteista y al ateo? No es de admirar que mi escasa penetracion no alcance á tanto; que si á un racionalista, como Jouffroy, de muy ejercitado talento, le fué imposible explicar cómo el panteista Spinoza decia que nuestras ideas no son mas que una porcion determinada de las ideas de Dios y que todas mediatas ó inmediatas se producen necesaria y fatalmente, y afirmaba, no obstante, que en su desarrollo es capaz de influir el hombre; si le fué imposible por esta razon señalar el paso de la metafísica á la moral sin salir del sistema defendido por el pensador holandés, no causará extrañeza ciertamente el que un profesor de Derecho constituido ignore cómo se concilia el amor de Dios con el ateismo y el Coran con la monogamia.

Prévia esta salvedad, acepto el problema en los términos que le plantea nuestro tiempo: reconozco la Ley del progreso, acato la soberanía científica de la Moral y tomo como punto de partida la Reforma para hacer *una breve reseña de los sistemas sociales*.

Once siglos habian trascurrido desde que los pueblos sojuzgados por la ciudad del Tiber presenciaron la destruccion del colosal imperio, y emprendieron la no muy fácil tarea de «reconstituir sus

extinguidas nacionalidades acomodándolas á los límites fijados por la naturaleza ó trazados de nuevo por las tribus del Septentrion», cuya barbarie era ménos sensible para los vencidos, que la antigua rapacidad y tiranía de procónsules y legados. En medio del espantoso torbellino que levantaron aquellas hordas de diferentes orígenes y diversas costumbres, alzó la Iglesia católica su magestuosa frente, y como cuerpo visible y poderoso opuso inexpugnable baluarte á la indómita fiereza de los vencedores, consiguiendo despues de porfiada lucha difundir la clarísima luz del Evangelio por todas partes y con tal eficacia que ni las repetidas invasiones de los bárbaros, ni poderosos imperios que apénas constituidos se derrumban, ni civilizaciones gigantescas que chocan en Oriente y Occidente y libran sangrientos combates bajo el hermoso cielo de la Siria y en los cármenes risueños de Granada, ni siervos que se emancipan, ni comunidades que obtienen representacion en las asambleas, ni escuelas que propagan las ciencias y las letras, ni repúblicas y ciudades propiamente democráticas regidas por mercaderes y artesanos y en que los nobles se apresuran á renunciar los privilegios de su clase, ni las innumerables herejías fueran grande ni pequeña parte para que la Iglesia sintiera menoscabado de un modo notable el ejercicio de su elevada mision durante la edad media y dejara de conservar incólumes el dogma y la moral de Jesucristo. « Roma antigua, dice Cantu, habia unido á los pueblos, si bien lo habia hecho como se une á los penados en un presidio; posteriormente las relaciones de los individuos y las de los pueblos no están ya solo determinadas por la espada, sino tambien por la fé, la esperanza y la caridad, que son una comun herencia». Todos sabemos cómo la Iglesia católica mantuvo la unidad en la variedad durante aquellos siglos, haciendo respetar los dogmas inmutables del Divino Maestro, borrando la innoble marca del esclavo, convirtiendo la mujer de sierva en compañera del hombre, alentando las justas pretensiones de los pueblos, conteniendo las demasías de los reyes, protegiendo las ciencias y las artes y llevando, por último, á todas las esferas de la vida social la idea de un progreso no sobrepujado por

los modernos y que jamas llegó á concebir ni imaginar la filosofía de griegos y romanos. Si, Ilmo. Sr.; porque los antiguos filósofos desesperaban del progreso moral de todos los hombres y lo miraban como exclusivo patrimonio de algunos á quienes el benigno Júpiter habia hado muestras de singular predileccion; en tanto que el catolicismo no solo espera el progreso de todos los hombres, sino que á todos se lo impone como deber supremo cuando enseña la unidad y fraternidad del género humano y proclama que todos, criados á imágen y semejanza de Dios, podemos ser, dejando aparte la distancia del infinito, retratos de la belleza de nuestro Divino modelo. «Que seamos perfectos nos manda Jesucristo; y si la Creacion nos dió la capacidad, la Redencion nos impone el deber de perfeccionarnos». «En el Génesis, pues, y en el Evangelio están los títulos incontrastables del progreso humano; y es de notar que un prelado católico del siglo V, definiera al hombre «una inteligencia capaz de ciencia y destinada á la perfeccion» (1), con cuya definicion echaba mil cuatrocientos años ántes que Turgot el fundamento de la perfectibilidad humana».

Once siglos habian trascurrido, y la Iglesia católica, en lucha siempre y siempre vencedora, ve aparecer en el protestantismo un terrible adversario que comienza por discutir la doctrina de Jesucristo y concluye por negar la autoridad de su representante en la tierra. Un monje aleman, dotado de cuantas cualidades pudiera apetecer el mas ansioso de brillar en la oratoria y en la prensa, pero tambien de orgullo y tenacidad verdaderamente satánicos, fué el encargado de iniciar el movimiento religioso contra el catolicismo y de introducir la perturbacion en el seno de las conciencias. Gracias á la abundancia de materiales cuidadosamente acopiados por la magnífica invencion á que debe Gutemberg sus inmarcesibles lauros, no es difícil señalar las causas de aquella violenta sacudida del espíritu, cuyas inevitables consecuencias llegan hasta nuestros dias y producen la convulsiva agitacion de las modernas sociedades. Sin

(1) Nemesio. De natura hominis. C. 1.

otro elemento que los primeros escritos de aquella época azarosa, historiadores imparciales no han vacilado en declarar que la Alemania, en cuyo terreno habian depositado no infecunda semilla las herejías de Juan Hus y Gerónimo de Praga, estaba suficientemente preparada al advenimiento de Lutero, y que ántes de la memorable cita de Roma y Wittemberg para Leipzig hacian casi imposible la conciliacion «una prensa que habia ya esparcido multitud de libelos fogosos é incendiarios contra los derechos de la Santa Sede, la luz que partiendo de las Universidades italianas franqueó los Alpes para iluminar la Sajonia y debió necesariamente deslumbrar á los que aun no habian contemplado la ciencia en ninguna intuicion activa, la fermentacion intestinal de la sociedad teutónica, las sutilezas teológicas de las Escuelas» y por último los deplorables abusos que affigian á la Iglesia y que, apesar de las terminantes disposiciones del Concilio Lateranense V y de Leon X, no pudieron ser reprimidos con la eficacia y prontitud que la inminencia del peligro reclamaba. A estas causas, bastantes por sí para labrar una escision en la Iglesia alemana, agregábase otra de gran bulto é importancia, no peculiar del pueblo aleman y del siglo de Leon X, sino comun á todos los pueblos y á todos los siglos, por mas que entónces revistiera inusitadas formas y aprovechase circunstancias favorables; y era que el racionalismo, ese protestantismo de todas las edades, implacable enemigo del principio de autoridad, se presentaba nuevamente en la arena, y hábilmente dirigido por Lutero daba cohesion á los diversos elementos que le habian precedido, no predicando, como Juan Hus, contra la riqueza y avaricia de los príncipes y compadeciendo las lágrimas y los sufrimientos de los pueblos, sino alentando las insensatas esperanzas de los unos y halagando las abyectas pasiones de los otros. «La reforma hace progresos, decia Erasmo, ¿qué tiene de particular? El pueblo oye con gusto á los predicadores que enseñan no ser necesaria la contriccion y ser vana la reparacion»; y el protestante Melancton añadía: «Lutero no tiene partidarios sino porque nos ha librado de la jurisdiccion de los obispos».

Caridad es la ciencia, segun San Agustin; la caridad, sin em-

bargo, no excluye la justicia. La ciencia puede y debe perdonar al protestantismo la sangre que inundó los campos de Alemania en la famosa guerra de los campesinos, excitados primero y abandonados después por el inconstante heresiarca: la ciencia puede y debe perdonar á los que desde luego provocaron una guerra cuya duracion no excedió de dos años y en la cual fueron muertos cien mil hombres, destruidas siete ciudades, demolidos mil monasterios, trescientas iglesias incendiadas, perdidos para las bellas artes inmensos tesoros de pintura y escultura; pero la ciencia, en nombre de la justicia, al observar que el moderno racionalismo no niega su afinidad con la Reforma, y al mirar seriamente amenazadas las bases fundamentales de nuestra sociedad, la familia, la propiedad y el Estado, tiene, mas que el incuestionable derecho, el indeclinable deber de preguntar á la Reforma qué nuevas y saludables doctrinas substituyó á las de la Iglesia católica para dar seguridad al Estado, para moralizar la familia y para infundir respeto á la propiedad.

El protestantismo opuso un cristianismo racional á un cristianismo católico, la razon individual á una razonable fé, el libre exámen á la autoridad de la Iglesia en la interpretacion de las Santas Escrituras. ¿Qué institucion resistirá al empuje de principios tan deletéreos? Nada diré de la firmeza del dogma católico y de las vicisitudes de la doctrina protestante, magistralmente expuestas por Bossuet. Desde que Lutero defendió en Witemberg su tesis contra las indulgencias hasta la publicacion de la obra en que nuestro contemporáneo Mr. Guizot considera aceptables los cinco dogmas de la Creacion, la Providencia, el Pecado original, la Encarnacion y la Redencion, enseñanza combatida por Vacherot y modificada recientemente por Janet, la Reforma está empeñada en el rudo é infructuoso trabajo de las Danaídas de la fábula: apenas consigue llenar la vasija del libre exámen con el agua de una doctrina, el agua desaparece por los agujeros de la duda y el reformador vuelve á quedar únicamente con su libre exámen.

No ha sido mas feliz la Reforma al echar los fundamentos del Estado. El catolicismo, siguiendo las palabras del divino Maestro,

«Dad al César lo que es del César y á Dios los que es de Dios», distinguió cuidadosamente el poder espiritual del poder temporal, con el doble objeto de proteger á los gobiernos y emancipar la conciencia de los ciudadanos: la Reforma, al confundir ambos poderes, enflaquecia de una manera lastimosa los cimientos del alcázar de la civilizacion europea, como indirectamente han confesado los mismos protestantes. «La tiranía, dice Mr. Guizot, que parece ser una calidad inherente á la civilizacion musulmana, ha resultado en ella de la unidad de los poderes espirituales y temporales y de la confusion de la autoridad moral y de la fuerza material. Esta es la causa principal del estado estacionario en que ha caido por todas partes» (1). Y á la verdad que los historiadores no han podido encontrar un solo pueblo que avanzando con mas ó ménos lentitud por la senda del progreso, no haya experimentado la necesidad de un poder moderador que con independencia vele por la pureza de costumbres así en los suntuosos palacios del magnate como en la mísera cabaña del pechero, y procure apartar los ánimos de esos placeres sórdidos y voluptuosos que comienzan por embotar la sensibilidad y concluyen por trastornar la inteligencia. Roma hubo de crear un magistrado cuyas censuras alcanzaban lo mismo al orgulloso dictador que al humilde *capitecensi*, y el inspirado profeta de Jerusalem y de Judá amenazaba al pueblo prevaricador con la justicia divina, y llamaba asesino y ladron de honras á David, el rey mas poderoso de cuantos ocuparon el trono de Israel. El moderno racionalismo, corrigiendo los preceptos de la Reforma, se empeña en resolver la dificultad separando la Iglesia del Estado, y no conoce que esta separacion esquivada la dificultad, no la resuelve. «Aun cuando sean distintos la Moral y el Derecho, dice Minghetti, corresponde á la primera la precedencia y la supremacia, porque da forma al segundo, le circunscribe y le completa: le da forma en tanto que la ley moral es la que da eficacia de derecho á la actividad humana; le circunscribe porque no podria admitirse jamas como jurídico lo que es

(1) Guizot. Hist. de la civ. en France. T. 4. p. 76.

contrario á ella; y le completa porque extiende su esfera mas allá de los actos exteriores y civiles en los cuales consiste principalmente el Derecho ». La simple lectura de las leyes de todos los países corrobora la asercion del publicista italiano. No hay código político en que la moral no trace un límite al ejercicio de los derechos individuales; no hay código penal que deje impunes ciertos actos no definidos especialmente, pero ofensivos á la moral ó á las buenas costumbres; no hay código civil que no declare nula toda cláusula inmoral que aparezca en disposiciones testamentarias ó en contratos. ¿Y dónde hallaremos el maestro que nos enseñe la moral á que hacen referencia estas leyes políticas, civiles y penales? ¿Lo será el Gobierno? Entónces se *confunden los poderes*. ¿No es el Gobierno? Entónces se *distinguen, pero no se separan*; puesto que el poder civil, al fundar sus fallos declarando morales ó inmorales ciertos hechos, recibe inspiraciones *de un poder distinto del suyo*. No hay, pues, término medio: ó la confusion de poderes de la Reforma, ó la distincion de Jesucristo: ó damos todo al César, ó damos al César lo que es del César y á Dios lo que es de Dios.

Si en la organizacion de los poderes modificaba el protestantismo las enseñanzas de la Iglesia, no era menor la alteracion que introducía en el seno de la sociedad doméstica, asestando contra el matrimonio católico el formidable ariete del libre exámen. El catolicismo, que encontró el matrimonio envilecido en las leyes dadas por Augusto para la propagacion de las familias y en las costumbres que le apreciaban como negocio de interes, tendió sobre él su venerable manto, y peleó, como pelea siempre, por ennoblecer y purificar la base fundamental de la sociedad. «Lo que Dios juntó no lo separe el hombre», habia dicho Jesucristo: la Iglesia toma por divisa las palabras de su divino Maestro, emprende una gloriosa campaña de doce siglos contra el desenfrenado tumulto de las pasiones, despliega todos sus recursos para sobreponerse á la carnal intemperancia de Roma y á la nativa rudeza de los bárbaros, y no se da ni un punto de reposo hasta rechazar la poligamia, proscribir el repudio y hacer que pre-

valezca la unidad y la indisolubilidad en el sacramento del matrimonio. ¿Qué hicieron de esta doctrina los protestantes? Negar el sacramento, negar la indisolubilidad, y dividirse despues, como era natural que sucediese entre los que buscaban en la Biblia con su criterio individual, y tal vez con desordenado afecto, el mejor modo de resolver las mas trascendentales cuestiones. Conservaron muchos la unidad con la poligamia sucesiva; admitieron y practicaron otros la poligamia simultánea, y, para que de todo hubiese, el célebre Milton, inspirándose en la Ley de Moisés, dijo «que si el matrimonio ha sido creado para el hombre, la mujer ha sido creada para el matrimonio». Defendió por consiguiente el repudio y sostuvo «que al decretarle debian tenerse en cuenta ciertas causas mentales imponderables que aunque justas en sí mismas no pueden prevalecer en el derecho porque no hay balanza humana para pesarlas». Una vez colocados en la pendiente, era preciso rodar hasta el fondo del abismo. En la gran república americana son muy numerosas las causas en que puede fundarse una demanda de divorcio: el Kentuchy consigna entre ellas la de anunciar un marido en los periódicos la intencion de no pagar las deudas de la mujer; y un distinguido juez, Bishop, afirma «que en el Estado de su domicilio los ciudadanos entienden que de todos los contratos el matrimonio es el que obliga ménos, y que para disolverle basta una sencilla peticion dirigida á los tribunales». Interrumpo, Ilmo. Señor, mi narracion, porque comprendo los deberes que impone esta tribuna, y concluyo por confesar mi creencia de que el catolicismo cumplirá en nuestro siglo, como en todos, su divina obligacion de santificar la familia y sostener enhiesta la bandera de la unidad é indisolubilidad del matrimonio, poniendo frente á frente del divorcio y de la poligamia protestante, el «uno con una y para siempre», que decia el ilustre filósofo de Vich.

No negaron los iniciadores de la Reforma el sagrado derecho de propiedad; pero el espectáculo de unos príncipes que confiscaban *en provecho suyo y para mayor gloria de Dios* los bienes de los monasterios y entregaban al pillaje las casas de los párrocos, no podia

ser muy edificante para un pueblo que no humillaba ya su criterio ante ninguna autoridad en el órden moral y religioso, y habia de encontrar sus reglas de conducta en la libre interpretacion de la Biblia. Llega, en efecto, el dia en que una parte de ese pueblo reclama con voz imponente y amenazadora un puesto en los festines del magnate: los anabaptistas, arrojados de diversos puntos de Alemania, tomando por base de su predicacion los pasajes del Evangelio en que Jesucristo manda al que quiera ser perfecto el desprendimiento de los bienes terrenos, y aquel otro de los hechos apostólicos donde se dice que los primeros fieles todo lo poseian en comun, se apoderan de Munster, arrasan las Iglesias y monasterios, incendian las bibliotecas, despojan á los ricos de sus tesoros, entregan al verdugo á todo el que rechaza sus infernales proyectos, y decretan la comunidad de bienes, previo el anuncio de que habia llegado el reino de Jerusalem, en que los hijos de Dios participarian del mismo pan y de la misma mujer; y aunque Munster fué sitiada y rendida, no sin haber presenciado torpes y escandalosas escenas durante la breve dominacion de los comunistas, un suceso de tanta importancia hubo de llamar necesariamente la atencion de los grandes pensadores de la época. Entre ellos sobresale el incomparable filósofo, el celeberrimo humanista, el insigne filólogo Luis Vives, á quien somos deudores de la mas vigorosa y contundente refutacion del comunismo que registran los anales de la ciencia social (1). Dada á luz en el mismo año en que el anabaptismo, despues de haber reformado la reforma, mostraba en Munster su dura y repugnante fisonomía, claramente revela en lo cortado del estilo y en la violencia de un lenguaje propio del que con tanta maestría manejaba el idioma del Latic, la indignacion de que se hallaba poseido el ánimo de nuestro compatriota, al impugnar el comunismo con textos biblicos y con razones deducidas del estudio de la naturaleza humana, y al proponer los medios que para impedir los estragos de la naciente secta habian de adoptar los gobiernos.

«Zachæo dice á Jesucristo: «Señor, desde ahora doy la mitad

(1) Vives. De comunione rerum ad Germanos inferiores.

de mis bienes á los pobres; y si he defraudado en algo á alguno, le voy á restituir el cuádruplo». El divino Maestro no manda al publicano que distribuya toda su hacienda, sino que premia su caridad contestándole: «*Hodie salus huic domo facta est*». Despues de citar Vives este pasaje y otros varios de las Sagradas Letras en apoyo de su tesis, restablece la verdadera y genuina significacion de los textos desfigurados por el anabaptismo, sin apelar á la conocida distincion *del consejo y del precepto*, estimándola acaso, por lo vulgar, no muy digna de un hombre de su capacidad y de su génio. «Cuando Jesucristo, dice el impugnador, te mandó que dieras la túnica al prójimo, ¿te autorizó para que le quitases la suya, y mucho ménos para que se la quitaras por medio del incendio, del robo y del asesinato? El vender los bienes y distribuirlos entre los pobres debe mirarse como verdadero mandato; pero mandato para la perfeccion, no para la vida eterna, que puede conseguirse, como ántes habia anunciado Jesus, guardando los mandamientos. Verdad es que los primeros cristianos vivian unidos entre sí, y eran comunes sus bienes; pero dejando aparte el castigo impuesto á Ananías y Saffira, no por retener una parte del precio de un campo, sino por haberlo hecho ocultando la verdad, lo cual demuestra lo contrario de lo que pretendes, fijate en las palabras de San Lucas: «Nadie decia que fuese suyo lo que poseia»; y una cosa es que lo dijese y otra el que tuviera obligacion de decirlo. El *decir* en el lenguaje de la Sagrada Escritura significa muchas veces *pensar, juzgar, y el pensar y el juzgar* no constituyen *obligacion ni derecho*. Insistes en que la caridad entre amigos es conforme á la ley natural, y con mayor razon á la ley divina: no es dudoso que si yo te amo, permitiré que uses de lo mio como si fuese tuyo, y otro tanto harás conmigo si me amas; todas las cosas serán entónces comunes en virtud del mutuo amor que llamamos amistad; pero si mi caridad me impulsa á que te comunique mi hacienda, no te obliga á que me comuniques la tuya; mi caridad ejerce su influencia en mí, no en tí; ¿no conoces que sería el mayor de los absurdos decir: «Mi caridad es grande, y porque te profeso tanto amor, voy á despojarte de tus bienes?»

Empleando razonamientos de otro género, Luis Vives continúa: «El hombre es dueño de su alma, de su cuerpo y de ciertas cosas exteriores. ¿Quieres que sean comunes las propiedades del ánimo; el valor, la sutileza de ingenio, la ciencia, las costumbres, la prudencia, el juicio y la memoria? ¿Quieres que sean comunes las propiedades del cuerpo; la robustez, las enfermedades, la figura, la buena salud, la viveza de los sentidos y la edad? Pues pasemos á las cosas exteriores. Tú eres militar y yo estudioso; ¿quieres usar de mis libros, y que yo use de tus armas? esta igualdad sería la mayor de las desigualdades. En cuanto á las otras cosas; ¿quién vería con serenidad que se distribuyera entre los ociosos lo que reunió la aplicacion, el trabajo, la constancia y la parsimonia? Desaparecería la emulacion tan necesaria para el progreso de las ciencias y de las artes, si tú, indigno, poseyeras lo que yo adquirí por buenos medios. Forma hombres nuevos que carezcan de estos movimientos del ánimo que llamamos pasiones, y podrás constituir una república como la de Platon; ahora, con la comunión de bienes fomentaría los odios, las disensiones, las riñas, las contiendas, las luchas y las guerras. Al ordenar que hubiese tantas desigualdades entre los hombres, no pudo manifestar de una manera mas clara el Autor del universo mundo, que la misma desigualdad era necesaria en la posesion y el uso de las cosas».

No es menor la claridad y precision de nuestro escritor, cuando aconseja á los príncipes sobre los remedios de que podrian valerse para cicatrizar las llagas de aquella conturbada sociedad. «No soy tan inhumano, dice, que juzgue dignos de igual castigo á todos los que desean la comunión de bienes; porque hay, en verdad, muchos propensos á la moderacion y á la templanza. Opino que andan en esta pretension tres clases de hombres: unos, que con dañada intencion dirigen, amaestran y esperan concitar las turbas, por el deseo inmoderado de riquezas ó por causas no ménos reprehensibles; otros, que habiendo perdido su patrimonio por negligencia y abandono, ó por casos fortuitos ó por gastos inmoderados, sin aficion al trabajo, con el cual pudieran recobrar la hacienda, verian con buenos ojos

:

la distribución de bienes; y otros, finalmente, ignorantes y rudos de ingenio, cuya credulidad se explota con un texto de la Sagrada Escritura pésimamente interpretado, y con anunciarles cosas nuevas que sorprendan agradablemente el ánimo y aumenten su odio contra aquellos á quienes aborrecen. Debe tratarse á los primeros con inflexible rigor, porque *non minus sanabiles sunt quam latrones*; que con ese objeto tiene la potestad civil la espada de la justicia. Para la codicia de los segundos, aun cuando no están exentos de culpa, no es posible el castigo; porque solo Dios puede penetrar en el sagrado recinto de las intenciones. Los últimos, no estan muy léjos de la inocencia, y á ellos se refieren aquellas palabras de San Pedro: «*Scio fratres quod per ignorantiam fecistis*; son dignos de compasion y de enseñanza (*clementia et doctrina*): el principe debería instruirles para que ejercitasen el juicio con rectitud, y apartarles de los malvados que buscan numerosos compañeros, á fin de lograr la impunidad, protegidos por las fuerzas y el poderio de la multitud».

Así abordaba la cuestion del comunismo en el siglo XVI nuestro Luis Vives, y ya comprendereis que mi objeto, al hacer un ligero extracto de su excelente opúsculo, no ha sido otro que el de prestar, desde este sitio y en este momento, un tributo de admiracion y justisima alabanza al famoso español de quien pudiera decirse, como de Leibnitz, que hacia marchar de frente todas las ciencias.

La Reforma, que fué, como acabamos de ver, el canto de guerra que dividió los espíritus, dió tambien la señal de dispersion, tal vez prematura, entre los estudios de Moral y de Política; y poco tiempo despues, rotas las ligaduras de la escolástica, cada ciencia investigaba por su propia cuenta el fin del ser humano y los medios mas adecuados para conseguirlo. No es dado á una inteligencia humana, por privilegiada que sea, abarcar en su conjunto, y mucho ménos en sus íntimos detalles, los trabajos de los metafísicos, moralistas, políticos, jurisconsultos y economistas que florecieron en los siglos XVII y XVIII, singularmente desde la radical trasformacion del método científico llevada á cabo por la reforma cartesiana. Vemos por una parte la Metafísica «recorriendo las tres fases del

conocimiento y del método; la sensualista, la espiritualista y la racionalista y armónica» (1); vemos á los moralistas que pugnan por encontrar, con independencia de la Religion, el fin del hombre en esta vida, y por consiguiente la regla fundamental de las acciones humanas; vemos á los políticos discutir sobre las bases de la sociedad y la organizacion de los poderes públicos; vemos á los jurisconsultos empeñados en la no muy fácil tarea de separar el Derecho de la Moral, y fijar los límites de cada una de estas ciencias; vemos, por último, la Economía política desenvolver las leyes de la producción, distribución y consumo de la riqueza de las naciones. Los escritores católicos, asociándose con buena voluntad y portentosa erudición al movimiento de los espíritus, patentizaron una vez más que la Iglesia no cohibe, no aprisiona, no empequeñece la razón, según pretende el racionalismo: Bossuet es reputado como padre de la Filosofía de la Historia en los tiempos modernos; y el más eminente moralista que produjo la Francia, después de la reforma cartesiana, fué Malebranche, presbítero de la Congregación del Oratorio.

Pero tanta vida, tanta animación, tal abundancia de inapreciables y variados tesoros serían de todo punto inútiles, como indiqué al principio de mi discurso, si no dieran por resultado un sistema, una síntesis; y ahora debo añadir, como verdad por todos aceptada, y deducida de la ley más inflexible de la Historia, que cuando un pueblo rompe con la tradición, ataca sus más venerandas instituciones, cambia su modo de ser, y consuma una verdadera, una gran revolución, ese sistema, esa síntesis está formada, y la luz que antes era patrimonio exclusivo de filósofos y moralistas, ha venido á iluminar la inteligencia de todos los ciudadanos. Esto sucedió en Francia al terminar el último siglo. Por razones demasiado conocidas para que yo me detenga á exponerlas, combate el pueblo francés hasta arrancar al feudalismo sus trincheras, deroga todos los privilegios, derriba todos los poderes, sanciona todas las libertades, y juzga, con presuntuosa arrogancia, ser el intérprete de la Divinidad,

(1) Thibergliem.

que ha de llevar al mundo civilizado nuevas leyes que le guien y le conduzcan por el angosto derrotero del progreso. Ya no se trata de un movimiento puramente religioso como el de Alemania en el siglo XVI: la Reforma extiende su poderoso imperio á todas las esferas de la vida social, y la ciencia de este nombre no daría un solo paso con seguridad y firmeza, si no indagara escrupulosamente á qué principios religiosos, morales y políticos obedeció una revolucion cuyo recuerdo no se extinguirá fácilmente en la memoria de las modernas sociedades. Comencemos, pues, por un breve y ligero exámen de la política que invocó la revolucion.

Cualesquiera que sean las ideas admitidas por el ser humano acerca de sus derechos y deberes, y del fin de la sociedad en que vive, para conseguir que esas ideas descendan de lo abstracto á lo concreto, de la region de los principios á la práctica de los hechos, y se conviertan en reglas de accion obligatorias, el análisis mas minucioso y detallado solo encuentra dos medios: la ley y el contrato. Supongamos formada la sociedad únicamente por dos individuos: si por cualquiera causa hay superioridad en el uno, este dará leyes al otro: si los dos son ó se consideran iguales, no habiendo superior ni inferior, no habrá ley, y tendrán que concertar sus voluntades por medio de un pacto. Esta nocion tan sencilla fué la poderosa palanca con que la revolucion acertó á remover el edificio de la sociedad francesa. Dice Rousseau que el hombre ha nacido libre y vive en todas partes entre cadenas, que es preciso derrocar á los que ejercen el poder en provecho suyo y en daño y detrimento de los ciudadanos, y que estos, por medio de un pacto solemne, deben fijar las bases de una nueva organizacion social, que con la equidad y la justicia haga olvidar al género humano sus padecimientos nunca interrumpidos. La crítica de los modernos racionalistas se ha mostrado inexorable con Rousseau, y afirma, contra las aseveraciones del filósofo ginebrino, que el estado social es natural al hombre, y que hay principios anteriores y superiores á todas las sociedades humanas. Si los racionalistas hubieran llegado hasta el fondo del sistema, hubiesen visto que el pacto social de Rousseau, imitacion

del pacto reflexivo de Loch, era el código en que estaban compiladas las leyes de todos los racionalismos antiguos y modernos. Rousseau propone la reconstitucion de la sociedad, como fin, y el aniquilamiento provisional de toda autoridad, como medio. Conseguido el medio ¿quién es capaz de llegar al fin sin un pacto? ¿quién podrá exhibir los títulos que le habiliten para recoger la herencia de la autoridad que desapareció? ¿con qué derecho un individuo ha de sobreponerse á los demas si estos no consienten? El racionalismo hubiera notado ademas que el pacto social era pura y simplemente la aplicacion á los individuos, de lo que venia practicándose entre las naciones protestantes desde la paz de Westphalia. Es innegable que existen derechos anteriores y superiores á los cuales deben respeto y obediencia los Estados al fijar sus relaciones entre sí, como hay derechos anteriores y superiores que deben respetar los individuos al determinar las suyas; que tambien los Estados, segun dijo ya un teólogo español del siglo XVI, *habent semper aliquam unitatem, non solum specificam, verum quasi politicam et moralem*. ¿Y quién será el tribunal que interprete y aplique las máximas á que deben ajustar su conducta los Estados? Durante el imperio romano, este dictaba su voluntad á los pueblos vencidos; durante la edad media, el Jefe visible de la Iglesia ejercía su influencia moral sobre los gobiernos; y en la época moderna, no habiendo autoridad reconocida por las naciones, á los fallos del Sumo Pontífice han sucedido necesariamente los pactos de la diplomacia; y si celebran contratos los Estados para transigir sus diferencias, Rousseau no halló dificultad en que por medio de pactos transigieran las suyas los individuos. Podria replicarse que las naciones son entidades iguales, cualquiera que sea el número de sus individuos, y que entre estos hay desigualdades muy perceptibles; pero fácilmente contestaria un discípulo de Rousseau: «Hé aquí una sociedad, la francesa, que abandona la religion de sus antepasados; tenia leyes y las desecha por tiránicas; tenia un rey y le decapita; tenia una nobleza y un clero con privilegios, y deroga los privilegios del clero y de la nobleza; tenia gremios, oficios y corporaciones regla-

mentadas, y hace desaparecer los reglamentos de gremios, oficios y corporaciones. Vamos, pues, no á constituir, sino á reconstituir la sociedad. ¿Dónde está el individuo que por su talla, su fuerza, su ilustracion ó su talento, pretenda erigirse en autoridad, y ser el intérprete de las leyes eternas de justicia que rigen las sociedades? La igualdad ¿no es una consecuencia lógica de la situacion en que nos encontramos? Por mas que el racionalismo lo niegue, siempre tendrá que bajar la cabeza ante el dilema: «ó la autoridad, ó el individuo; ó la ley, ó el pacto». Y ved aquí explicado por qué los racionalistas no pueden salir del pacto, base por cierto bien efímera, cuando llevan sus sistemas á la práctica. Pactan los Estados, y aparecen los convenios de la diplomacia; pactan los individuos para constituir la nacion, y aparecen los códigos políticos; por un simple pacto se celebra el matrimonio, fundamento de la familia; y las relaciones entre los padres y los hijos, ya que no procedan de un pacto expreso, en opinion de los *racionalistas consecuentes*, procederán del consentimiento presunto, y tal vez haya alguno que extremando *las consecuencias*, niegue al padre el derecho de comunicar á su hijo durante la infancia nociones religiosas y morales, que pudieran oscurecer ó debilitar su razon, y privarle, cuando llegase á jóven, de celebrar contratos libremente. Pues ahora bien: suponiendo todo contrato, y esto es obvio, la libertad y la igualdad de los contratantes, Francia hubo de adoptar, como primeras bases de su nueva organizacion política, la libertad y la igualdad. Pasemos ahora á los fundamentos religiosos y morales de la revolucion.

«Un sistema de creencias sobre todas las cuestiones que interesan á la humanidad, sistema establecido en todas las convicciones, en las de los hombres ilustrados como en las del pueblo, ha recibido siempre las formas de una religion». El pueblo francés no podia sustraerse á la influencia de este principio, y los filósofos se hallaban en el caso de completar su programa, proponiendo las bases morales y religiosas de la nueva sociedad. Era evidente que ni el catolicismo, ni ninguna de las religiones que se decian reveladas, habia de satisfacer á unos espíritus en quienes germinaba ya la semilla de la

incredulidad volteriana; y como Dios se manifiesta ó con su palabra ó con sus obras, á la inteligencia del hombre, menospreciada la palabra divina, el pueblo se adhiere á la de los filósofos, y cree hallar en las obras de Dios, es decir, en la naturaleza, el verdadero culto del Ser Supremo y las verdaderas reglas de la moralidad. El racionalismo protestante sufre una desviacion al penetrar en el corazon de la Francia, y se convierte en naturalismo: aquel duda de las enseñanzas de la Iglesia, y consulta la Biblia: éste duda de las enseñanzas de la Iglesia y de la Biblia, y abre el libro de la naturaleza: mucho me temo que al pasar los Pirineos, acabe el racionalista por dudar de la Iglesia, de la naturaleza y aun de sí mismo. Los filósofos tenían, pues, un fundamento para asentar las nuevas creencias; pero en virtud de una ley histórica, en cuya exposicion no me detendré, se dividieron al apreciar las dificultades que ofrecía la sustitucion de la religion natural á la religion católica. Rousseau escribia: «El averiguar si hay Dios no es una cosa tan fácil.» «Ciertamente, le contestaba Bergier: para tan alta empresa son indispensables materiales extraordinarios y una gran preparacion. Necesitais un alumno de veinte años, en quien la educacion haya perfeccionado los órganos, aguzado el espíritu, formado el juicio por todos los medios que haya podido sugerir la sagacidad mas industriosa; que posea ya los elementos de todas las ciencias; los principios de todas las artes; que lo sepa todo, excepto que hay Dios; que se encuentre en estado de seguir el hilo de muchas demostraciones muy sutiles y abstractas, de comparar el sistema que se le propone con el de los ateos, de los espinosistas, de los materialistas, de los escépticos, de los pirrónicos y de los incrédulos de todas las sectas. Entónces le enseñais *una religion* á que dais el nombre de *natural*, y hecho el milagro, conclusis con aire de triunfo: *«luego es innecesaria la religion revelada»*. Esto es una irrision; mucho mejor concluiríais diciendo: *«luego es necesaria una.»* Si no se puede adquirir una religion con ménos gastos, las tres cuartas partes del género humano van á quedarse sin ella». (1)

(1) Bergier: Le deisme réfuté par lui même.

Otros por el contrario, sustentaban que la religion natural era un astro brillante que despedia torrentes de luz sobre todas las cosas creadas, y que el hombre, llevando escrito en su corazon, como ley suprema de la vida, el «ama á Dios y al prójimo como á ti mismo», no tenia mas que levantar los ojos al cielo y bajarlos despues á la tierra, para encontrarse «en un augusto templo con pilas tan extensas como el mar, columnas tan hermosas como los árboles cargados de frutas, una bóveda tan elevada como el firmamento, lámparas tan brillantes como el sol, estatuas tan perfectas como los seres sensibles que se aman». La loca imaginacion del poeta se sobrepone aquí á la fria y desapasionada razon del filósofo, y en algunas novelas lanzadas por aquella época de trastorno moral é intelectual, suele aparecer como protagonista un salvaje que sin dejar su miserable choza, descubre las verdades evangélicas, las máximas que apénas vislumbraron los afamados pensadores de la Academia y del Pórtico. El pueblo que da siempre en la credulidad cuando abandona las creencias, se entusiasmaba con tan frívolas y extravagantes creaciones. No advertia que detras del salvaje estaba un individuo de la Academia Francesa, cuyas doctrinas contaban ya una fecha de diez y ocho siglos, y por amor á la igualdad aceptaba sin reserva una religion que, al decir de los filósofos, se había propagado sin el *euntes, docete omnes gentes*, que era comun al hombre civilizado y al antropófago, y que enseñaba como primer principio la fraternidad universal. Un pacto absurdo suministró las ideas de una libertad y de una igualdad imposibles, y una religion quimérica añadió la de fraternidad. Así se formó el lema «Libertad, Igualdad y Fraternidad» que hizo de Francia una hoguera y de Europa un campo de batalla, á fines del siglo pasado y principios del presente. La revolucion murió encadenada por un hombre de poderoso génio y de ambicion sin límites; pero el pacto social y la religion natural no morirán, porque son las eternas consecuencias del racionalismo.

Es un fenómeno digno de observacion escrupulosa, que la ciencia social, con posterioridad á la revolucion francesa, se dirija

particularmente á aquella rama de los conocimientos humanos que tiene por objeto la produccion , distribucion y consumo de la riqueza; y se haya convertido por lo tanto en económica la que fué teológica durante la edad media , y política despues de la reforma protestante. La explicacion de cambio tan notable podria ser objeto de un discurso de largas dimensiones : yo me limito á consignar el hecho, para que á nadie sorprenda el que prevalezca la Economía política en estos brevísimos apuntes acerca de la historia de la ciencia social en nuestro tiempo. Sabeis que dos escuelas se dividieron desde luego el campo : el individualismo , proclamando la libertad en todas sus manifestaciones y el respeto á la propiedad, y el socialismo, del cual forman parte varios sistemas que coartan , limitan ó anulan estos derechos , proponiendo asociaciones que nos preserven de la concurrencia, fuente y raiz, segun los socialistas, de todos nuestros males; de manera que la Economía política, apénas formada por Adam Smitz; aspiraba á resolver por sí sola y sin ajeno auxilio todos los problemas sociales ; no sin razon la calificó Balmes , de ciencia Jóven, precipitada y fogosa. Origen de muchos y trascendentales errores ha sido el creer que la base del individualismo era la libertad , porque defendía la libertad religiosa, política y económica. No , Ilmo. Señor: la libertad no puede ser la base de ningun sistema social : porque la libertad del hombre , ó se considera como facultad , y en ese caso ningun sistema razonable ha dejado de reconocerla y acatarla, ó se considera como derecho ó conjunto de derechos , y entónces tiene que ser , no la base de un órden de ideas, sino la consecuencia de un principio.

Pocas palabras bastaron á Santo Tomás para definir la libertad: «Potestas agendi vel non agendi : potentia sui actus». «La libertad, traduce Mons. de Segur, consiste en poder obrar ó no obrar, y cuando se obra , en ser dueño de su acto », ó lo que es igual, soy causa de mis propios actos y causa libre , porque cedo ó resisto á los motivos que solicitan mi determinacion. Esta nocion es insuficiente para pasar del poder al deber y al derecho, porque si sabemos que está en nosotros la causa de nuestras determinaciones ; si es cierto

:

que podemos elegir, ignoramos todavía lo que hemos de elegir y el fin de nuestros actos. ¿Qué será pues necesario para fundar un sistema? Lo que tantas veces se ha dicho: un principio mas ó ménos verdadero que ilumine la inteligencia acerca del fin del hombre, y de los medios de realizarle. Si ese principio tiende á aislarnos, á separarnos de nuestros semejantes, á conformar ó á concertar nuestra voluntad con la suya en casos rarísimos y excepcionales, el principio será la base de un sistema individualista. Si, por el contrario, tiende á acercarnos, á unirnos, á conformar ó á concertar nuestras voluntades para la mayor parte de los actos de la vida, el principio será la base de un sistema socialista. De los que se dedicaron al estudio de la Economía política, unos opinaban que la utilidad ó el interés personal era el verdadero fin de las acciones del hombre, y por eso profesaron el individualismo; y otros juzgaban hallarle en el mútuo amor, en la benevolencia ó en la simpatía, y por eso profesaron el socialismo; y aunque tanto unos como otros cultivaban la misma ciencia, el nombre de economistas quedó reservado para los primeros. El hombre obra bien cuando busca su utilidad, es decir, cuando la accion que ejecuta le produce un placer ó le evita un dolor: hé aquí el principio individualista, «Padecer lo ménos que se pueda, dice Molinari, física, moral é intelectualmente, gozar lo mas que se pueda en dichos tres conceptos, tal es, en definitiva, el gran móvil de la vida humana, el eje á cuyo alrededor giran todas las existencias. Este móvil, este eje se llama interes». Y como los placeres y los dolores, segun la clasificacion de Bentham, no son iguales en pureza, intensidad, duracion, proximidad, certeza y fecundidad, ni producen iguales efectos en todos los hombres, se ve claramente que la religion, la moral, el gobierno y los productos industriales ó de cualquier otro género, que son causas de un placer mas ó ménos grande para unos, pueden ser causas de un dolor mas ó ménos grande para otros. La justicia exige por lo tanto, que, respetando el interes de todos, no se impongan á los individuos ni á los pueblos una religion, una moral, una política y un órden económico determinados, sino que se proclame la libertad en sus diversas manifestacio-

nes. «Todos los intereses son armónicos, escribe Bastiat : luego la ley comun es la libertad». El interes ó la utilidad es el principio ; la libertad, que aquí debería llamarse derecho ó conjunto de derechos, la consecuencia : por eso el citado escritor, que concluye varias veces sus razonamientos diciendo: «paso á la libertad», hubiera dicho con mas exactitud: «paso al interes». ¿Cómo se les ha ocurrido á los individualistas fundar el órden social en una base tan anárquica? ¿Cómo ha de resultar la armonía, del choque de encontrados intereses? El individualismo, eludiendo la demostracion en el órden religioso, político y moral (en lo cual hizo bien, pues era arriesgada empresa armonizar los intereses religiosos de un católico y un hereje, los morales de un estóico y un epicúreo, y los políticos de un monárquico y un republicano), hubo de limitarse al terreno del que nunca debió salir, al de los intereses materiales ; y despues de formular leyes eternas y disipar grandes errores sobre la propiedad de la tierra, el capital, el trabajo, la renta, los salarios, el crédito, las máquinas, todo cuanto se relacionaba con la riqueza, que era el objeto de su estudio, probó concluyentemente que si los productos se cambian por productos, para obtener un hombre los que necesita, ha de averiguar ántes los que son necesarios á otros hombres ; de modo, que no podemos hallar utilidades propias, sin dar satisfaccion á las ajenas, y que en el órden económico, defendiendo la libertad y la propiedad, defendemos indispensablemente la justicia. Digo que la Economía nunca debió abandonar su campo y penetrar en el de la moral y la política, porque si en el primero había de conseguir gloria imperecedera, destrozando una por una, las utopías socialistas de Owen, de los sansimonianos, de Fourier y de Luis Blanc, en el segundo únicamente la esperaban decepciones crueles y tardíos engaños. En el primero, era una ciencia sin rival, llena de dignidad y de nobleza, que hundía á sus adversarios con el peso de irrefutables objeciones, al asegurar que la propiedad y la concurrencia son la vida de los individuos y de las naciones, y que sin concurrencia y propiedad el mundo retrocedería á la barbárie ; en el segundo, sin otras armas que el interes por principio y la libertad por conse-

cuencia, era una humilde esclava del racionalismo, incapaz de resistir los ataques de la escuela socialista, ante la cual procuraba ocultar sus derrotas con un lenguaje oscuro y embrollado. «Es evidente, decía Garnier, discutiendo con el socialismo (1), que los hombres producen mas y mejor, asociando sus trabajos y sus capitales morales y materiales». ¡Qué extravagante confusion de ideas por hacer aplicacion á la moral de principios económicos! Los individualistas no comprendian que las nociones morales no son un capital, como las materiales; ni deben ser objeto de compra, ni de venta, ni de cotizacion; ni estar sujetas á la ley de la oferta y el pedido, de manera que la carestía ó baratura de las nociones morales dependa de su abundancia ó escasez en el mercado. En el Evangelio hubieran podido ver cómo Jesucristo separaba cuidadosamente los intereses morales de los materiales: respecto á la propiedad individual, ni quita ni añade una sola letra al precepto del Decálogo. «No hurtarás», predica la resignacion á los pobres y la caridad á los ricos. En el orden moral el precepto es distinto: «justo es que viva del altar el que sirve al altar; pero el Evangelio, lo que llamaría un individualista capital moral, no se vende: *Gratis accepistis, gratis date*». De conformidad con lo prescrito por su Divino Maestro, la Iglesia afirma que es necesaria *una sola, una verdadera moral* conocida y acatada por todos los hombres, para que sean posibles *varias propiedades individuales*; que es preciso difundir *gratuitamente esta moral*, para que ninguno atente contra la *propiedad* de otro ó le engañe al prestarle *un servicio no gratuito* (2). Usando del lenguaje económico, diré que Jesucristo y su Iglesia enseñan *el comunismo moral*, para que nadie piense en *el comunismo de los bienes materiales*.

Tambien Adam Smitz estaba penetrado de que las reglas fundamentales de la Moral eran enteramente opuestas á las de la Economía. Por eso escribió *dos Teorías: una de la riqueza de las naciones,*

(1) La misère, l'association et l'économie politique

(2) Véase á Proudhon. Les mayorats littéraires.

basada en la utilidad, principio evidentemente individualista, y *otra de los sentimientos morales*, basada en la simpatía, principio evidentemente socialista: de esta manera procuraba aquel sesudo ingenio templar la rigidez de un principio con el otro. Los discípulos, abandonando las huellas del Maestro, prescindiendo de una de sus obras, y queriendo abarcar con la otra toda la ciencia social, perdieron las ventajas que tenían sobre sus adversarios, y dejaron un flanco descubierto, no solo al socialismo, sino también á la anarquía que no tardó en aparecer, representada por un revolucionario de funesta celebridad. Ya sabeis que me refiero á Proudhon.

En la guerra de la anarquía con el individualismo, este pone de manifiesto, como siempre, su fuerza ó su debilidad, segun el terreno que elige para la batalla. Cuando sale á la defensa de la libertad y de la propiedad en el órden económico; cuando sale á la defensa de sus leyes sobre la division del trabajo, sobre la concurrencia, sobre las máquinas, sobre la moneda, sobre el crédito y sobre los impuestos, rechaza vigorosamente los ataques del sostenedor de la anarquía. Cuando quiere remediar los males ocasionados por una excesiva division del trabajo que embrutece al obrero, por una desordenada concurrencia que disminuye considerablemente los jornales y mata no pocas industrias, por una máquina que deja sin ocupacion gran número de brazos, por un crédito que toma las proporciones de usura escandalosa; cuando trata en fin, de moral y de política, no cuenta con mas apoyo que el del racionalismo; y el racionalismo filosófico y el individualismo económico sucumben irremisiblemente.

Para el individualismo la historia se explica por una serie de movimientos de los pueblos hácia la libertad: «á medida que las naciones adelantan en el camino de la civilizacion, la actividad individual suple á la accion del gobierno». Pues bien, argüía el jefe de los anarquistas: no os detengais en repúblicas aristocráticas ni democráticas, no os detengais en el sufragio universal ni en la legislacion directa: si el primer término de la progresion es un gobierno que lo gobierna todo, el último término debe ser un gobierno que no gobierne nada, es decir: la anarquía. Los individualistas entienden

por libertad religiosa el derecho que tiene el individuo de reconocer cualquiera autoridad en el orden religioso, ó de no reconocer ninguna. Pues bien, argüia Proudhon: ó cambiais el significado de la palabra *libertad*, ó habeis de confesar que la libertad política es el derecho de reconocer cualquiera autoridad en el orden político, ó de no reconocer ninguna, es decir: la anarquía. El pueblo se gobernará á sí mismo, contestaban los individualistas; porque en nuestro sistema los pueblos eligen los gobiernos, y los gobiernos son meros mandatarios del pueblo. El mandato, replicaba Proudhon, es un contrato como todos los demas: tengo derecho para celebrarle ó no celebrarle: no quiero mandatarios: me han engañado muchas veces; y siendo ya mayor de edad, prefiero tratar mis asuntos sin valerme de procurador. Es inflexible, Ilmo. Señor, la lógica de las revoluciones. Ocupándose Lutero en el siglo XVI del sacramento del Orden, sostuvo que un obispo era lo mismo que un alcalde; y un implacable dialéctico sacaba trescientos años despues la consecuencia, diciendo: «ya que hemos negado la autoridad de los obispos, neguemos la de los alcaldes, y concluyamos para siempre con el poder religioso y con el poder civil». La Iglesia no es enemiga de ninguna forma de gobierno: Santo Tomás exige como primer requisito para el acertado régimen de los pueblos, el que estos tengan en él alguna participacion: *Ut omnes aliquam partem habeant in principatu*; pero las ideas de la Iglesia acerca de la autoridad, no se avienen con las que profesa el individualismo: la Iglesia, por lo tanto, no admitía las premisas de Proudhon: el individualismo, aceptándolas forzosamente porque eran las suyas, quedaba inhabilitado para retroceder ante las consecuencias.

La rápida é imponente propagacion del sistema proudhoniano, si la anarquía merece el nombre de sistema, evidencia una gran verdad confirmada por la razon y por la historia, y es: que las nociones morales mas absurdas, mas repugnantes y mas contradictorias avasallan al fin el ánimo de las muchedumbres, cuando envuelven la idea de una igualdad engañosa é irrealizable. No hablo del *Banco de cambio*, raquítica é insignificante concepcion indigna del gran

sofista, en que este se propuso suprimir la moneda metálica y reemplazar la compra venta por la permuta; como sino estuviera demostrado hasta la saciedad por los economistas, que la acuñacion de los metales preciosos, mercancia sin privilegio alguno sobre las demás, es el mejor medio de hacer practicable el cambio de productos; hablo de las ideas morales, mejor dicho, inmorales, que hoy amenazan al Estado, á la propiedad y á la familia. ¿De donde han deducido los proudhonianos que el Estado, la familia y la propiedad han de desaparecer en un plazo no remoto? ¿Qué principio les guia en su descabellada empresa? Vedlo aquí en pocas palabras. El hombre no es otra cosa, para Proudhon, que un animal que vive en sociedad, y cumplirá su fin, cuando por medio de la reflexion y del razonamiento supla el seguro instinto de los irracionales, y asemejándose á ellos, constituya asociacion armónica y perfecta. Para desenvolver este concepto, el sér humano necesita pasar por tres períodos. En el primero, es impelido hácia la sociedad por un instinto ciego y desordenado, abusa de su fuerza, mira á los demas hombres como cosas, tiraniza si vence; y si es vencido, de su suerte decide el vencedor. En el segundo, reconoce en sus semejantes una personalidad igual á la suya, no les reduce á esclavitud; se juzga obligado á respetar la actividad de otro hombre, pero no á favorecerle; le deja trabajar con libertad, pero no le hace partícipe de su trabajo: este es el período de la justicia ó de la igualdad ante la ley, y en él nos encontramos. Llegará, por último, un momento en que el hombre comprenda que nada vale sin el concurso de sus semejantes, que á la sociedad se debe por completo y que á los pies de la sociedad ha de poner cuanto adquiriera, que todas las utilidades son indefectiblemente solidarias, que todos los trabajos son iguales, puesto que la existencia del mundo social, lo mismo depende de unos que de otros: entonces habrémos recorrido en dos períodos el camino de la *sociabilidad* y el de la *justicia*, y entraremos en el de la *igualdad*, que es el verdadero camino de la perfeccion. Y ¿por qué nos detenemos? ¿Qué causas impiden al hombre desprenderse de los brazos de la justicia y caer en los de la igualdad? El extravío de la reflexion y de la razon.

«Si, como la abeja, dice Proudhon, naciera el hombre con un talento ya formado, conocimientos especiales perfectos y una ciencia infusa, pero sin la facultad de razonar y de reflexionar, la sociedad se organizaria por sí misma. Veríamos á un hombre cultivar un campo, á otros construir casas, á otros almacenar los productos ó disponer su reparticion; pero el hombre razona, reflexiona, se compara con los demás, se engaña, se hace egoista, y el egoismo le impide descubrir la ley de la igualdad, hasta que no vienen á demostrarla cumplidamente la observacion y la experiencia.»

Pues cread hombres que sean iguales, diria Luis Vives, ó que no razonen, ni reflexionen ni comparen, y organizareis la sociedad como una colmena; pero el deducir la igualdad, de las desigualdades entre los hombres, y de la facultad con que Dios les dotó para apreciarlas, merece con fundado motivo calificarse de la mas desatinada locura. Ahora vemos distintamente, que si la sociedad humana es tanto mas perfecta cuanto mas se acerca á la que forman los irracionales, obra lógicamente el sistema proudhoniano, proponiendo la supresion del Estado y de la propiedad, y (aun cuando en ello no pensara su fundador), la disolucion de la familia. Semejantes aberraciones embargan y cautivan el ánimo de tantos infelices; no hay por qué estrañarlos: progresó la reforma porque anunciaba la igualdad entre clérigos y legos, progresó la revolucion francesa porque anunciaba la igualdad entre gobernantes y gobernados, progresa el proudhonianismo porque anuncia la igualdad entre ricos y pobres; y no lo dudeis, Ilmo. Señor, haria mas progresos la doctrina que prometiese á los hombres una agrupacion como la que forman en la playa, á la retirada de las olas, innumerables granos de sutil arena.

La crítica de socialistas y anarquistas; el malestar de las clases obreras, particularmente en los centros industriales de gran importancia, donde la acumulacion de brazos origina esa desastrosa concurrencia que llenando las fábricas de mujeres y niños, compromete el pudor de las unas, y embaraza el desarrollo físico, moral é intelectual de los otros; la paralización de las industrias por el sin nú-

mero de causas que contribuyen á minorar el consumo ; y como consecuencia de todos estos males, la actitud nada tranquilizadora de los que olvidan , ó no han sabido nunca, que la idea , y no la fuerza, resuelve los problemas sociales , abren por fin los ojos del individualismo . el cual estudia y defiende en nuestros dias *la asociacion* , con la misma insistencia que antes habia estudiado y defendido *la libertad*. Sobre las ruinas del individualismo individual , permítaseme la expresion , se levanta el más sólido edificio del individualismo asociado ; y si antes la ciencia económica pretendia únicamente salvar la libertad y la propiedad , suponiendo que la organizacion de las sociedades debia ser obra , no de la ciencia , sino de los individuos estimulados por el interés , hoy confiesa el error en que ha vivido, y procura dar reglas para la formacion de asociaciones libres que neutralicen con su benéfica influencia el aterrador egoismo que nos devora. Esta evolucion de la ciencia parece á primera vista insignificante , y sin embargo dá á entender que los economistas han modificado profundamente sus ideas, al apreciar la Religion , la Moral, el Derecho y la Historia. La ciencia que Cervantes llamó testigo de lo pasado y advertencia de lo porvenir , no será ya tratada con rigoroso desden , y el economista digno é imparcial estudiará detenidamente las instituciones de la edad media , de esa edad calificada por algunos de bárbara , con notoria injusticia , á fin de distinguir en ellas lo esencial de lo accidental , lo permanente de lo transitorio. «Parecíame extraño, dice Cantu , que los obispos , jefes del ejército, fuesen vituperados por los que clamaban contra las exenciones del servicio militar concedidas á los sacerdotes; que el uso del latin fuera condenado por los que deliraban por una lengua universal; que las expiaciones canónicas fuesen denigradas por aquellos que hacian estériles votos por la introduccion de las casas de correccion, y del sistema penitenciario ; que el celibato voluntario de algunos austeros monges lo condenasen aquellos que lo imponian á tantos millares de soldados; que aborrecieran las cofradías religiosas aquellos que no encontraban remedio para las llagas sociales, sino en las asociaciones.» Procediendo de esta manera , verá el economista

cómo la Iglesia había ya planteado y resuelto, *en principio*, todas las cuestiones sociales.

La ciencia del Derecho recobrará su verdadero dominio, y aunque haya divergencia entre las Escuelas respecto á la extensión y límites del terreno reservado al legislador, nadie dudará que no bastan el *neminem lædere* y el *suum cuique tribuere*, sino que las leyes alcanzan también al *honeste vivere*: apenas habrá quien defienda la enseñanza completamente libre, fundado, como Molinari, «en que así el pobre dejaría de contribuir á pagar los gastos de educación del rico, y el célibe no tendría que pagar lo que gasta el casado;» todos los publicistas manifestarán sus deseos de que la enseñanza sea gratuita; y por no citar más que un ejemplo, pero que vale por muchos, la gran república americana, el país clásico del individualismo, ordenará la santificación del domingo y la práctica de ciertos deberes religiosos, sin cuidarse de que con lo primero, da una marcada preferencia al día de los cristianos, y ataca la libertad de conciencia de griegos, persas, asirios, egipcios, turcos y judíos que santifican los demás días de la semana; y con lo segundo, impone á los agentes de policía obligaciones, sino iguales, muy parecidas á las que tenían los antiguos familiares de la Santa Inquisición.

Finalmente, si las asociaciones libres son el único remedio para nuestras enfermas sociedades, la moral religiosa, momentáneamente eclipsada por la interposición de la incredulidad enciclopedista del último siglo, brillará con más viva y esplendorosa luz en el horizonte de la ciencia social. Porque ¿cómo ha de subsistir una asociación libre sin vínculos morales y religiosos que liguen á los asociados? Sino impera una moral religiosa ¿quién asociará libremente al fuerte y al débil, al ilustrado y al ignorante, al rico y al pobre? ¿Será el interés? Perderíamos el terreno conquistado. ¿Será una moral social ó independiente? La Filosofía y la Historia deponen contra ella; á las ideas más ó menos elevadas que el individuo tenga de Dios y de sus atributos, corresponden siempre nociones morales más ó menos puras; una página de Bossuet lo demuestra concluyen-

temente. Y por otra parte, ¿dónde está esa moral? ¿es la de Zenon, la de Epicuro, la de los anabaptistas, la de Hobbes, la de Bentham, la de Montesquieu, la de Smitz, la de Holbach, la de los mormones, la de Garnier, ó la de cualquiera que publique una obra con el título de Moral independiente, social ó universal?

No se me oculta que mientras comenzaba y proseguía su camino la Economía política, foco donde se han reunido por algun tiempo los rayos de las ciencias sociales; mientras la Iglesia mantenía en toda su pureza el dogma y la moral del Evangelio, estrechando cada vez mas los lazos que unen á los católicos entre sí y con el Vicario de Jesucristo; el racionalismo constituía en Alemania numerosos organismos científicos, para dar solución completa y rigurosa al problema de la verdad y de la certidumbre. Según los admiradores de esta filosofía, el sistema de Krause es el mas completo, porque «armoniza en todos los órdenes de cosas los derechos de la individualidad y los derechos de la unidad superior, que habían sido desconocidos ó absorbidos en todas las concepciones precedentes.» En efecto, él armoniza, dogmáticamente por supuesto, una creación eterna, y una creación temporal; el espíritu y la naturaleza; Dios y el hombre, la intimidad y la unión de la vida del hombre con Dios y en Dios, con sus semejantes, y con la naturaleza; el bien y el mal; la libertad y la sociabilidad; la nación, las provincias y los municipios, con las asociaciones religiosas, científicas, morales, artísticas, industriales y políticas. He respetado siempre á Krause y á sus antecesores, y mucho mas desde que lei en un expositor de la filosofía kantiana, que no por las ideas, sino por el método, se distinguen los grandes metafísicos; pero lo cierto es que un maestro que armonizó la humanidad, hasta el punto de convertirla en organismo viviente, no ha conseguido armonizar á sus discípulos. ¿Cómo los ha de armonizar, si Krause, á ejemplo de todos los racionalistas antiguos y modernos, declara «que las convicciones religiosas deben ser adquiridas por la instrucción y la propia razón, y no impuestas en nombre de una autoridad?» Llámese armónico ó inarmónico, la anarquía religiosa, moral y política penetrará hasta la médula del

Krausismo; y cuanto mas se empeñe en conciliar lo inconciliable, mas pondrá de manifiesto el «*Quisquis ubique habitat, Maxime, nusquam habitat*. No entremos en el fondo del sistema; es suficiente para nuestro objeto, traer á la memoria algun hecho y algunas conclusiones. Comparad los Concilios de la Iglesia y los congresos del racionalismo armónico: de los primeros, convocados por el Sumo Pontífice, vereis brotar las ideas que ennoblecen al ser humano, los derechos y las obligaciones que le acercan á la Divinidad, las constituciones dogmáticas y morales, con cuya respetuosa observancia, marcha la sociedad católica, como un solo hombre, al cumplimiento de su destino religioso; en los segundos, convocados por la duda, presididos por la incredulidad y terminados por la indiferencia, solo hay acuerdos para destruir, nunca para edificar; y si reapareciese Lutero, diría de los racionalistas armónicos lo que dijo de su amigo Carlostadio y demás racionalistas protestantes: «Tantas creencias como cabezas.» Es que el racionalismo armónico ó inarmónico, divinizando la razon y renunciando á la fé, desconoce por completo la virtud por excelencia, la virtud que Jesucristo colocó sobre todas las virtudes, la virtud á que debe la Iglesia sus mas preciadas é inimitables conquistas; el racionalismo desconoce la humildad. El obispo que defiende ciertas proposiciones en un Concilio, y previene despues á los fieles de su diócesis que se atengan á las contrarias, comete un crimen de leso racionalismo; y para el católico, es mas grande un prelado al humillarse ante el criterio de la Iglesia, que cuando hace olvidar con su palabra las maravillosas y grandilocuentes concepciones de Demóstenes y Ciceron; «porque los triunfos de la Iglesia no son como las luchas profanas; estas terminan con triunfos personales, mientras que aquellas acaban siempre por la victoria de la fé y de solo Dios segun su santa voluntad.» (1)

Si queremos saber, por último, qué postulados debe la ciencia social á la lucubracion mas reciente, mas poderosa y mas decantada del racionalismo, el krausista Tiberghien nos dirá que «la filosofia

(1) Mons. Dupanloup, Pastoral de 29 de Junio de 1872.

moderna persigue una religion absoluta que se armonice de nuevo con la razon humana, y acabe la obra de la filosofia cristiana completándola; y que el hombre ha de esforzarse en reconstituir en un período de armonía la intimidad y la vida de union con Dios, con sus semejantes y con la naturaleza, y de realizar así el bien, no por puro instinto ó por ignorancia del mal, sino con plena conciencia de su libertad y de sus deberes.» Y ¿qué hará la humanidad, qué harán las sociedades mientras el *magnus ab integro sæclorum nascitur ordo*, y aparecen la nueva religion y la nueva moral con sus armonías? El mismo autor nos contestará: «El escepticismo es una necesidad histórica que la humanidad no ha conocido en su cuna, y que no conocerá en la edad de paz y de reconciliacion con Dios.» He concluido, Ilmo. Señor: si el escepticismo es una necesidad de nuestra época, la ciencia social carece por ahora de base; evoquemos, pues, la sombra de Nemrod, y que nos una la fuerza, ya que ha dejado de unirnos el derecho.

Queridos alumnos: la civilizacion que en otro tiempo peleaba por la honra y la gloria, hoy pelea, como César en Munda, por la vida; el momento es supremo, y la ciencia, para dirigir la sociedad, ha de apoyarse en el catolicismo ó en el racionalismo. La historia del primero es *una série de afirmaciones* sin modificar ni cambiar el dogma y la moral del Evangelio; la historia del segundo es una *série de variaciones* en la época de Bossuet, y *de negaciones* en la nuestra. El catolicismo asegura que Jesucristo nos ha unido; el racionalismo anuncia que la razon nos unirá. El racionalismo, negando siempre, nos promete una era de felicidad y de ventura; la Iglesia católica, siempre afirmando, nos dice: que quien tuvo á su servicio benedictinos que salvaban la ciencia en medio de la ignorancia y la barbárie; caballeros que sucumbian gloriosamente en Alarcos, y gloriosamente vencian en las Navas; misioneros que abandonando su pátria y su familia, llevaron la cruz del Salvador á remotos países; franciscanos que protegian á Colon para que descubriera el nuevo mundo, y trinitarios que rescataban á Cervantes para que escribiera el Quijote; dará vida, fuerza y vigor á las asociaciones que

reclaman los pueblos modernos, y que han de mitigar los dolores que afligen á la humanidad. Estudiad, pues, jóvenes alumnos, y elegid; pero tened presente, que no es la pluma de un católico, sino la de un racionalista, la que ha escrito estas palabras: «Cuando se ignora el destino del hombre, se ignora el destino de la sociedad; y cuando se ignora el destino de la sociedad, no es posible organizarla.» (1)
—HE DICHO.

(1) Jouffroy.